LEÓN XIV

Desarmada y Desarmante

La paz es un don

Paulinas



«*¡La paz esté con ustedes!*»: este fue el primer saludo que Jesús resucitado dirigió a sus apóstoles *(Jn 20, 19)*. Es también el primer don que Cristo resucitado ofreció a sus amigos y al mundo entero: la paz. Ese don, sin embargo, no salió «barato»: el cuerpo glorioso del Maestro de Nazaret llevaba las heridas de la Pasión. Él atravesó el odio, la violencia y el grito del mundo: «*¡crucifícalo!*». Jesucristo soportó la injusticia —desarmado y desarmante— y resucitó. El anuncio del Evangelio entró —y entra— en la historia. Hoy, igual que hace dos mil años.

La paz es el gran anhelo que conmueve muchos corazones; sin embargo, también es frecuentemente amenazada, pisoteada y objeto de burla. Hoy en día, nada menos que 103 Estados están involucrados de alguna manera en una guerra en algún lugar de la Tierra.[1]

Las armas resuenan y matan en Ucrania, Oriente Medio, Sudán, Myanmar, Yemen, el Congo y muchas otras situaciones. Mi amado predecesor, el Papa Francisco, acuñó en su día la expresión «tercera gue-

1 Cfr. *Global Peace Index* 2026, Sydney 2026

rra mundial a trozos» para describir una situación de conflicto generalizado: algo inédito desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Al retomar mis declaraciones sobre este tema —ahora reunidas en esta antología—, deseo destacar ciertos aspectos que llevo muy dentro del corazón.

Ante todo, la paz es una responsabilidad. Si nuestro primer instinto al afrontar un problema, una tensión o una ofensa es juzgar a los demás —acusarlos o incluso condenarlos—, es inevitable que la indiferencia, y luego el odio, crezcan a nuestro alrededor. Existe una forma de ver la realidad que destruye en lugar de construir. La paz, sin embargo, comienza por mí. Comienza por nosotros. San Agustín decía: «Son tiempos difíciles, tiempos duros, tiempos de tribulación. Vive bien y, al vivir bien, cambia los tiempos: cambia los tiempos y no tendrás motivo de queja».[2] No podemos pedir paz a los poderosos del mundo si no empezamos a vivirla nosotros mismos, comenzando por nuestras relaciones cotidianas: en nuestras familias, en nuestros hogares, en nuestras ciudades y en nuestros lugares de trabajo. La paz se construye mediante pequeños gestos cotidianos: una sonrisa compartida, un insulto perdonado, una palabra amable.

Además, la paz se construye sobre la verdad. Incluso quienes hacen la guerra afirman actuar «en nombre» de la paz. Nadie tiene la osadía de declarar que quiere la guerra por la guerra misma: hasta los poderosos de la tierra saben que toda persona aspira

2 Cfr. San Agustín De Hipona, *Discursos*, 311, 8.8

a la justicia y desea vivir en paz. Especialmente tras las terribles consecuencias de los sucesos de Hiroshima y Nagasaki, el recurso a la guerra es cada vez más una «aventura sin retorno», como afirmó con énfasis san Juan Pablo II.[3]

He recordado a menudo el apasionado llamamiento que san Pablo VI dirigió a la Asamblea de las Naciones Unidas. Lo que une a la humanidad, señalaba mi venerado predecesor, es un pacto sellado «con un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo: ¡nunca más la guerra, nunca más la guerra! ¡La paz, la paz debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad!"[4]

Especialmente en la era atómica, la verdad debe hacerse oír: no son las armas atómicas las que generan la paz, sino el desarme. Esta verdad —que parecía bien asentada en las últimas décadas, una época en la que fuimos testigos de la desescalada nuclear— se ha visto oscurecida por una carrera armamentista que hoy es fuente de miedo y terror. Como escribió el cantautor y poeta Bob Dylan, dirigiéndose en sentido figurado a la bomba atómica en una composición poética: «Te odio porque el hombre te creó, y el hombre te posee, y el hombre te manipula».[5]

Hoy, la Iglesia plantea humildemente una pregunta a todos: ¿debe la especie humana seguir habitando la Tierra? La combinación del dominio ciber-

---

3 Cfr. San Juan Pablo II, *oración por la paz*, 2 febrero 199

4 Cfr. San Pablo VI. *Discurso a las Naciones Unidas,* 4 octubre 1965

5 Cfr. BOB DYLAND, *Go Away Bombo*, 1963

nético y el rearme mundial nos obliga a considerar seriamente esta cuestión.

La paz busca testigos. Esta antología nos transmite esta realidad a través de la fuerza de múltiples rostros. Las figuras de las que aqui se habla están el beato Floribert Bwana Chui y los Siervos de Dios Giorgio La Pira y Dorothy Day y ejemplifican a los muchos hombres y mujeres que fomentaron personalmente la paz al superar la tentación de la corrupción, ayudar a los pobres y promover la diplomacia. Junto a figuras célebres, la paz se encarna en «protagonistas anónimos» que siguieron los dictados de su conciencia.

La historia ya ha sido testigo de momentos en los que el mundo estuvo al borde de una catástrofe nuclear. Los relatos cuentan cómo la decisión de un solo hombre —el oficial soviético Stanislav Petrov— ayudó a evitar una posible guerra atómica mundial; ocurrió el 26 de septiembre de 1983. Los sistemas de radar del búnker cercano a Moscú, donde Petrov estaba de servicio, señalaron el lanzamiento de varios misiles balísticos intercontinentales desde Estados Unidos con rumbo a la Unión Soviética. Se trató más bien de un error en el sistema soviético de seguimiento de satélites. Petrov, desafiando las órdenes, decidió no informar sobre el presunto ataque; una decisión tomada con la conciencia de que ese único acto podría haber causado millones de muertes. Un mundo en el que las máquinas —por muy sofisticadas y veloces que sean en comparación con nosotros— decidan lanzar un ataque contra personas

indefensas sería verdaderamente aterrador. La conciencia de un solo hombre puede valer tanto como el mundo entero.

Por último, la paz requiere esperanza. La Iglesia seguirá predicando la caridad hacia todos los hombres y mujeres. Si hay algo que el mundo busca hoy, creo que es un mensaje de esperanza para el futuro. Miramos hacia el mañana con esperanza, habiendo encontrado su única fuente en el mensaje de Jesús. Pues la esencia de la enseñanza de Cristo es esta: la caridad, el amor y el dar la vida por los demás triunfan sobre la muerte, el aislamiento y la violencia: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» *(Jn 10, 10)*.

A quienes corren el riesgo de caer en la tentación de la desesperación ante las numerosas guerras que se libran en el mundo, les extiendo la invitación que el Papa Pío XI extendió a toda la Iglesia: «Demos gracias a Dios porque nos permite vivir en tiempos difíciles. Ahora, a nadie se le permite ser mediocre». Que Dios nos guíe por los caminos de la no-violencia. Que los creyentes y las personas de buena voluntad nunca dejen de actuar como artífices de la paz.

Que cada persona haga de la paz la causa de su vida.

Desde el Vaticano, 19 de junio de 2026

Leone PP. XIV

JESÚS, REY DE LA PAZ

El primer saludo de Cristo Resucitado

Dios nos ama a todos

¡La paz esté con todos ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, este es el primer saludo de Cristo resucitado, el Buen Pastor, que ha dado la vida por la grey de Dios. También yo quisiera que este saludo de paz entrara en sus corazones, llegara a sus familias, a todas las personas, dondequiera que estén, a todos los pueblos, a toda la tierra. ¡La paz esté con ustedes!

Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante. Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente.[1]

Aún conservamos en nuestros oídos la voz débil pero siempre valiente del Papa Francisco que bendecía Roma, el Papa mientras bendecía Roma daba su bendición al mundo, al mundo entero, esa mañana del día de Pascua. Permítanme continuar esa misma bendición: Dios nos quiere, Dios los ama a todos, y el mal no prevalecerá. Estamos todos en las manos de Dios. Por lo tanto, sin miedo, unidos, tomados de la mano con Dios y entre nosotros sigamos adelante. Somos discípulos de Cristo. Cristo nos precede. El mundo necesita su luz. La humanidad lo necesita como puente para ser alcanzada por Dios y por su amor. Ayúdennos también ustedes, luego ayúdense unos a otros a construir puentes, con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo siempre en paz.

---

1 Cfr. León XIV, *Primer saludo y bendición apostólica "Urbi et Orbi"*, 8 mayo 2025.

Hacia una paz desarmada y desarmante

"¡La paz esté contigo!". Este antiquísimo saludo, que sigue siendo habitual en muchas culturas, en la tarde de Pascua se llenó de nuevo vigor en labios de Jesús resucitado. «¡La paz esté con ustedes!» *(Jn 20,19.21)* es su palabra, que no sólo desea, sino que realiza un cambio definitivo en quien la recibe y, de ese modo, en toda la realidad. Por eso, los sucesores de los Apóstoles dan voz cada día y en todo el mundo a la más silenciosa revolución: "¡La paz esté con ustedes!". Desde la tarde de mi elección como Obispo de Roma he querido incorporar mi saludo en este anuncio coral. Y deseo reafirmarlo: «Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante. Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente».1

El que venció a la muerte y derribó el muro que separaba a los seres humanos (cf. Ef 2,14) es el Buen Pastor, que da la vida por el rebaño y que tiene muchas ovejas que no son del redil *(cf. Jn 10,11.16)*: Cristo, nuestra paz. Su presencia, su don, su victoria resplandecen en la perseverancia de muchos testigos, por medio de los cuales la obra de Dios continúa en el mundo, volviéndose incluso más perceptible y luminosa en la oscuridad de los tiempos.

El contraste entre las tinieblas y la luz, en efecto, no es sólo una imagen bíblica para describir el parto del que está naciendo un mundo nuevo; es una experiencia que nos atraviesa y nos sorprende según las pruebas que encontramos, en las circunstancias

históricas en las que nos toca vivir. Ahora bien, ver la luz y creer en ella es necesario para no hundirse en la oscuridad. Se trata de una exigencia que los discípulos de Jesús están llamados a vivir de modo único y privilegiado, pero que, por muchos caminos, sabe abrirse paso en el corazón de cada ser humano. La paz existe, quiere habitar en nosotros, tiene el suave poder de iluminar y ensanchar la inteligencia, resiste a la violencia y la vence. La paz tiene el aliento de lo eterno; mientras al mal se le grita "basta", a la paz se le susurra "para siempre". En este horizonte nos ha introducido el Resucitado. Con este presentimiento viven los que trabajan por la paz que, en el drama de lo que el Papa Francisco ha definido como "tercera guerra mundial a pedazos", siguen resistiendo a la contaminación de las tinieblas, como centinelas de la noche.

"Tus manos gotean sangre"

Mientras Jesús recorre el camino de la cruz, nos ponemos detrás de Él y seguimos sus pasos. Y al caminar con Él, contemplamos su pasión por la humanidad, su corazón que se rompe, su vida que se convierte en un regalo de amor.

Miremos a Jesús, que se presenta como *Rey de la paz*, mientras a su alrededor se prepara la guerra. Él, que permanece firme en la mansedumbre, mientras los demás se agitan en la violencia. Él, que se ofrece como una caricia para la humanidad, mientras los otros empuñan espadas y palos. Él, que es la luz del mundo, mientras las tinieblas están a punto de cubrir

la tierra. Él, que vino a traer vida, mientras se lleva a cabo el plan para condenarlo a muerte.

Como *Rey de la paz*, Jesús quiere reconciliar al mundo en el abrazo del Padre y derribar todos los muros que nos separan de Dios y del prójimo, porque Él «es nuestra paz » *(Ef 2,14)*.

Como *Rey de la paz*, entra en Jerusalén montado en un asno, no en un caballo, cumpliendo así la antigua profecía que invitaba a regocijarse por la llegada del Mesías: «Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno, sobre la cría de una asna. Él suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será suprimido y proclamará la paz a las naciones» *(Za 9,9-10)*.

Como *Rey de la paz*, cuando uno de sus discípulos desenvaina la espada para defenderlo y hiere al siervo del sumo sacerdote, Él lo detiene de inmediato diciendo: «Guarda tu espada, porque el que a hierro mata a hierro muere» *(Mt 26,52)*.

Como *Rey de la paz*, mientras cargaba con nuestros sufrimientos y era traspasado por nuestras culpas, Él «se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca» *(Is 53,7)*. No se armó, no se defendió, no libró ninguna guerra. Mostró el rostro manso de Dios, que siempre rechaza la violencia y en lugar de salvarse a sí mismo, se dejó clavar en la cruz, para abrazar todas las cruces erigidas en todos los tiempos y lugares de la historia de la humanidad.

Hermanos y hermanas, este es nuestro Dios: *Jesús, Rey de la paz*. Un Dios que rechaza la guerra, al que nadie puede utilizar para justificar el enfrentamiento, que no escucha la oración de quienes hacen la guerra y la rechaza diciendo: «Por más que multipliquen las plegarias, yo no escucho: ¡las manos de ustedes están llenas de sangre!» *(Is 1,15).*

Al mirarlo a Él, que fue crucificado por nosotros, vemos a los crucificados de la humanidad. En sus llagas vemos las heridas de tantos hombres y mujeres de hoy. En su último grito dirigido al Padre escuchamos el llanto de quienes están abatidos, de quienes carecen de esperanza, de quienes están enfermos, de quienes están solos. Y, sobre todo, escuchamos el gemido de dolor de cada uno de los que están oprimidos por la violencia y de cada víctima de la guerra.

Cristo, *Rey de la paz*, sigue clamando desde su cruz: ¡Dios es amor! ¡Tengan piedad! ¡Depongan las armas, recuerden que son hermanos!

Tejedores de unidad

Hermanos y hermanas, no tengan miedo, sean brotes de paz allí donde crece la semilla del odio y el resentimiento; sean tejedores de unidad allí donde prevalecen la polarización y la enemistad; sean la voz de quienes no tienen voz para pedir justicia y dignidad; sean luz y sal allí donde se está apagando la llama de la fe y el gusto por la vida. No desistan si alguien no los entiende. San Carlos de Foucauld decía que Dios se sirve también de los vientos contrarios para llevarnos a buen puerto.

INDICE

Introducción	5
Oración por el desarme y la paz	11
Jesús, Rey de la Paz	15
«¡Baja la espada!»	27
La paz, un esfuerzo compartido	39
La injusticia genera los conflictos	55
La paz, un don de Cristo resucitado	67
El diálogo y la construcción de puentes	81
No a la ley del más fuerte: el camino del multilateralismo	95
La fuerza de la oración	109
Educar para la paz	119
Propaganda e información: la guerra de palabras	129
Testimonios de paz	139
Contra toda guerra	155
Fuente	167